

á la influencia de la fascinación, ó atraído por un deleite inexplicable, continuó subiendo; mas ya ahora trepaba por una escalera excesivamente penosa y cubierta, y cuyos peldaños no ofrecían apoyo seguro á los pies.

Arriba, arriba, arriba, y venga trepar y encaramarse arriba, y siempre más arriba.

Hasta que, llegando á alcanzar el techo, apenas hubo pasado la cabeza entre las vigas, se encontró rodeado de campanas. Casi era imposible distinguir sus formas gigantescas en la obscuridad, pero no había duda que estaban allí, oscuras, tristes y silenciosas.

Una abrumadora sensación de pavora y de aislamiento se apoderó instantáneamente de él, en cuanto llegó á este nido aéreo de piedra y de metal. La cabeza le daba vueltas. Paróse, tendió el oído, y dió un grito salvaje.

—¡Ola!

—¡Ola!—repitieron lúgubrementes los ecos.

Aturdido, confuso, sin aliento y horrorizado, Toby paseó á su alrededor los ojos extraviados, y cayó desvanecido.



CAPÍTULO III

TERCER CUARTO



la manera con que el mar, turbio todavía por obra de la furiosa tempestad, vuelta la calma, escupe los cadáveres que cayeron en la profundidad de sus aguas revueltas, el pensamiento, después de su letargo, nos ofrece el confuso cuadro de los espectros. Mónstruos informes y extravagantes, surgen en prematura, imperfecta resurrección; fragmentos mutilados de formas incoherentes se juntan y mezclan al azar. ¿Cuándo, cómo y por qué gradaciones misteriosas se separan en seguida el uno del otro? ¿Cómo cada sensación, cada pensamiento, recobrando su forma regular, vuelve á vivir su

vida real y propia? No hay hombre que pudiera explicarlo, por más que todos constituimos, incesantemente, el teatro del gran misterio.

¿Cuándo y cómo la obscuridad profunda del campanario envuelto en las espesas sombras de la noche se trocó en luz resplandeciente? ¿Cuándo y cómo la torre solitaria se pobló de miriadas de figuras? ¿Cuándo y cómo el débil susurro que murmuraba monótonamente:—¡Perseguidle, acosadle!—durante el sueño y el desmayo de Toby, se trocó en una voz resonante que le despertó de su letargo, gritando á sus oídos:—¡Despertadle, despertadle!—¿Cuándo y cómo dejó Trotty de tener ideas vagas y confusas de lo que le rodeaba, separando lo real de lo fantástico? Es imposible precisararlo. Pero sea como fuere, lo cierto es que, perfectamente despierto y de pie sobre las tablas en que yacía poco ha, Trotty presenció un espectáculo sobrenatural.

Vió que en la torre á donde había subido, arrastrado por un hechizo desconocido, pululaban fantasmas diminutos, espíritus, creación vaporosa de las campanas. Vióles saltar, volar y llover á millares del fondo de las campanas sin

detenerse un solo instante. Vióles dar vueltas á su alrededor en el suelo, ó por encima de él en el aire; bajar á las hondezadas, á lo largo de las cuerdas; mirarle de lo alto de las macizas vigas cubiertas de hierro; atisbarle á través de las hendiduras y de los agujeros de las paredes; alejarse de él poco á poco en círculos concéntricos que iban agrandándose como los que forma el agua cuando se arroja repentinamente una pesada piedra en su tersa superficie. Vióles de todas formas y aspectos. Vióles feos y lindos, disformes y magníficamente plasmados. Vióles jóvenes, vióles ancianos, vióles benévolos, vióles crueles, vióles alegres, vióles tristes; vióles que danzaban, y oyóles que cantaban; vióles que se arrancaban los cabellos, y oyóles que lanzaban ahullidos. Vióles en tanto número, que obscurecían el aire. Vióles ir y venir incesantemente. Vióles descender rápidamente, elevarse á grande altura, volar muy lejos, posarse cerca, siempre en violenta actividad. Piedras y ladrillos, pizarras y tejas, se hacían transparentes á sus miradas como á las de ellos. Les veía en el interior de las casas, junto á la cama de los que dormían. Les veía consolar á algu-

nos con sueños agradables; les veía flagelar á otros con látigos guarnecidos de nudos y á la vez dar gritos salvajes á sus oídos; les veía modular suave música apoyados en las almohadas; les veía alegrar á algunos trinando el canto de los pájaros y exhalando el perfume de las flores; les veía espantando á otros, haciendo aparecer de repente ante sus ojos horribles semblantes, por medio de espejos encantados que tenían en las manos.

Vió á todas estas criaturas extrañas, no solo circulando entre los que dormían, sino también entre los que estaban despiertos, llenando las funciones más heterogéneas, y asumiendo las formas más opuestas. Vió á uno que se cubría de innumerables alas para acrecentar su celeridad; á otro que se cargaba á sí mismo de cadenas y agobios para retardar su marcha. Vió á algunos adelantar las agujas de los relojes, á otros retrasarlas, á otros, en fin, parar los relojes del todo. Les veía representar aquí la ceremonia de un casamiento; allí unos funerales; en esta sala unas elecciones, en estotra un baile; en todas partes vivir sin reposo, en constante movimiento.

Aturrullado por este ejército de figu-

ras cambiantes y extraordinarias, no menos que por el ruido atronador de las campanas que á la sazón giraban á todo vuelo, Trotty se apoyó en un pilar y volvió la cara pálida de espanto á todos lados con muda estupefacción.

Mientras él miraba, las campanas enmudecieron. ¡Cambio instantáneo! Este enjambre de espíritus desaparece completamente, sus formas se evaporan, su actividad prodigiosa les abandona; intentan huir, pero caen, y cayendo mueren, y se desvanecen en el aire sin ser reemplazados. Un rezagado, salta ágilmente de la campana mayor al suelo y cae á los pies de Trotty, pero ya quedaba muerto y había desaparecido antes de haber podido dar una vuelta sobre sí mismo. Algunos de los que habían zaqueado por el campanario permanecieron todavía algún tiempo allí, intentando unas piruetas; pero á cada vuelta parecían más débiles, menos numerosos, más lánguidos, y pronto iban desapareciendo como los demás. El último fué un pequeño jorobado, refugiado en un ángulo donde venía á repercutir el eco; allí, sólo, se puso á voltear sin descanso, por largo tiempo, con tal perseverancia que poco á poco acabó por no ser más

que una pierna, luego solo un pie, desvaneciéndose al fin. La torre quedó silenciosa.

Entonces y sólo entonces Trotty vió en cada campana á una figura barbuda del mismo grueso y estatura de ella; ó mejor dicho, cada sér, lo cual era verdaderamente incomprensible, era campana y hombre, á la vez. Hombre gigante, grave y sombrío, mirándole fijamente mientras él estaba allí como si hubiese echado raíces en el suelo.

¡Misteriosas é imponentes figuras! No apoyándose en nada, suspendidas en la atmósfera tenebrosa de la torre, con las cubiertas y encapuchadas cabezas hundidas en las alturas oscuras del techo; inmóviles y nebulosas. Nebulosas eran y oscuras, aunque Trotty las veía gracias á una luz que dimanaba de ellas mismas... la única luz que allí había. Todas conservaban la enguantada mano sobre los labios fantásticos.

Toby no podía deslizarse á través de la abertura del suelo, porque toda facultad de movimiento le habia abandonado. De no ser así lo hubiera hecho; sí, se hubiese arrojado de cabeza de lo alto del campanario, antes que resistir la

vigilancia de aquellos ojos constantemente abiertos, de mirada fija y penetrante, aunque sin pupilas.

Progresivamente, el miedo, el terror que le inspiraba la soledad de aquel lugar, y las densas y pavorosas tinieblas que en él reinaban le oprimían como la mano de un espectro. Lejos de todo socorro; separado de la tierra donde vivían los hombres por la escalera en espiral, larga, oscura y poblada de fantasmas que tan penosamente habia subido; con la idea fija de hallarse alto, tan alto, á una altura tan prodigiosa, que aún en pleno día habia sentido vértigo, con sólo seguir hasta sus linderos el vuelo de aves; aislado de todas las buenas personas que con toda seguridad, á tales horas estaban durmiendo tranquilamente en sus camas, sentía materialmente, helársele la sangre en el corazón. Durante todo este tiempo, sin embargo, sus ojos, su pensamiento, su terror, todo estaba fijo en las vigilantes figuras, las cuales no se parecían á ningún sér de este mundo por la obscuridad profunda que las rodeaba, lo mismo que por las miradas extrañas y formas desusadas y por el estilo sobrenatural con que aparecían suspendidas sobre el suelo,

De todos modos, Trotty las veía tan distintamente como á la maciza armadura de roble, las vigas, los travesaños y las barras entrelazadas para soportar las campanas. A todo este conjunto de piezas las encuadraba una vasta selva de maderamen, enmarañada y confusa, desde cuyo fondo las campanas continuaban vigilando, como por entre las ramas de una arboleda talada á medias exprofeso para servir de retiro á su fantástica existencia.

Un soplo de aire, pero de un aire frío y penetrante pasó gimiendo á través del campanario. Cuando este soplo expiró, la campana mayor, ó su espíritu, habló de esta manera:

—¿Quién es este visitante?—La voz era grave y sonora, y Trotty creyó que surgía á la vez de los demás fantasmas.

—Me ha parecido que mi nombre era pronunciado por las campanas—dijo Trotty levantando las manos en actitud suplicante. —Me encuentro aquí sin saber por qué ni como vine. Hace un sin fin de años que oigo las campanas. Muy á menudo me han alegrado el corazón.

—¿Y les has dado las gracias?—dijo la voz.

—¡Millares de veces!—exclamó Trotty.
—¿Cómo?

—Soy un pobre hombre—balbuceó Trotty,—y nunca pude hacerlo más que con palabras.

—¿Y lo has hecho siempre?—preguntó el espíritu de la campana.—¿No nos has ofendido nunca con palabras?

—No—exclamó Trotty vivamente.

—¿No nos has faltado nunca con palabras falsas, injustas y malas?—prosiguió el espíritu.

Trotty iba á contestar «¡Jamás!», pero se detuvo confuso.

—La voz del tiempo—dijo el fantasma,—dice al hombre: ¡Avanza! El tiempo le fué dado para su progreso y su perfeccionamiento; para contribuir á su dignidad, á su dicha, á su bienestar; para que marche adelante hacia el objeto puesto al alcance de su inteligencia, objeto señalado á sus esfuerzos desde el instante en que él y el tiempo comenzaron. Pasaron siglos de tinieblas, de injusticia y de violencia; millones de infortunados han sufrido, han vivido y han muerto para mostrarle el camino abierto delante de él. El que intente hacerle retroceder, ó detenerle en su carrera, quiere parar el movimiento de una má-

quina potente que herirá de muerte al temerario, y aparecerá más indomable y furiosa después, á causa de esta momentánea paralización.

—No hice nunca, que yo sepa, nada semejante—dijo Trotty.—Si alguna vez lo hice, fué por pura casualidad. ¡Me guardaré muchísimo de intentarlo, estoy seguro de ello!

—El que pone en la boca del tiempo ó en la de sus ministros—dijo el espíritu de la campana,—un grito de lamentación á propósito de épocas que han tenido sus esfuerzos y sus fracasos, y han dejado huellas visibles aun para los menos clarividentes; un grito de lamentación que no puede servir sino para mostrar mejor á los hombres hasta qué punto el tiempo presente tiene necesidad de su cooperación, ya que hay aún quien está dispuesto á escuchar los recuerdos del pasado; el que esto hiciere, nos hace injuria. Y tú te has hecho culpable de esta injuria para con nosotras, las campanas.

Toby se había repuesto de su primer espanto. Pero ya se ha visto cuanta gratitud y ternura sentía por las campanas, y, en cuanto se vió acusado de una ofensa tan grave hacia ellas, su cora-

zón se sintió penetrado de dolor y de arrepentimiento.

—Si supiérais...—dijo Trotty, juntando las manos gravemente,—acaso ya lo sepáis... si supiérais cuantas veces fuisteis mi dulce compañía; cuantas veces habéis reanimado mi ánimo abatido, y de qué suerte érais el juguete preferido de mi hijita Meg (la pobrecilla casi nunca ha tenido otro), desde el día en que su madre, muriendo, nos dejó solos, no me guardaríais rencor por una palabra dicha sin querer!

—El que cree oír en nuestro lenguaje una sola nota expresando desprecio ó frialdad por cualquiera esperanza, alegría, pena ó dolor de la humanidad doliente; el que cree oír que hacemos coro á los sectarios impíos que miden con su criterio angosto las pasiones y los sentimientos del hombre, como pesan en sus mezquinas balanzas el *mínimum* de subsistencia miserable que puede bastar para prolongar la penosa vida de la humanidad hambrienta, nos hace injuria. ¡Esta injuria, tú nos la hiciste!—añadió la campana.

—Sí; lo confieso—dijo Trotty;—¡Oh, perdonadme!

—El que cree oír que hacemos eco

á miserables gusanos, á estos hombres siempre dispuestos á suprimir desapiadadamente las criaturas aplastadas por el dolor y el sufrimiento, formadas no obstante, para elevarse mil veces más alto de lo que pudieran intentar ó concebir estos insectos rastreros, verdaderos gusanos del tiempo—prosiguió el espíritu de la campana,—éste tal nos hace injuria. ¡Y tú, nos has hecho esta injuria!

—Fué sin dañada intención—dijo Trotty;—por pura ignorancia, pero sin dañada intención ¡os lo aseguro!

—En fin, y esto es lo peor:—prosiguió la campana—el que vuelve la espalda á sus semejantes caídos y degradados, y los abandona como una cosa vil, y aún se desdeña de dirigir los ojos compasivos al precipicio abierto en que se hunden, agarrándose en su caída á algún manojito de hierba ó algún resalte del suelo que les escapa, luchando desesperados hasta no poder más; hasta llegar definitivamente, desangrados y despedazados, al fondo de la vorágine; éste tal, injuria al cielo, al hombre, al tiempo y á la eternidad. Y tú te has hecho culpable de esta injuria.

—¡Perdonadme—exclamó Trotty ca-

yendo de hinojos;—por amor de Dios, compasión!

—¡Escucha!—dijo el espectro.

—¡Escucha!—gritaron los otros espectros.

—¡Escucha!—dijo una voz clara é infantil que Trotty creyó reconocer por haberla oído antes.

El órgano resonó, débilmente al principio, en la iglesia, debajo de ellos. Dilatándose por grados, la melodía subió hasta la bóveda y llenó el coro y la nave. Extendiéndose más y más, fué subiendo arriba, arriba, arriba, más arriba, hasta llegar á conmover las enormes vigas de roble, las vacías campanas, las puertas de robustos herrajes, la piedra sólida de la escalera, hasta que los muros de la torre fueron insuficientes para contenerlas, y se difundió por el espacio.

No es extraño que el pecho del pobre viejo fuese también impotente para contener sonidos tan vastos y fecundos. Se escaparon pues de tan débil prisión en un torrente de lágrimas; y Trotty se cubrió la cara con las manos.

—¡Escucha!—dijo el espectro.

—¡Escucha!—dijeron los otros espectros.

—¡Escucha!—dijo la voz infantil.

Un solemne concierto de voces ascendió hasta lo alto de la torre.

Era un canto sordo y lúgubre, un canto fúnebre en el que el oído ávido de Trotty reconoció la voz de su hija entre las otras.

—¡Ha muerto!—exclamó el anciano.—
¡Meg ha muerto! ¡Su espíritu me llama!
Le oigo.

—El espíritu de tu hija llora á los muertos, se mezcla con los muertos... con las ilusiones muertas, con las esperanzas muertas, con los sueños de la juventud muertos también, repuso la campana, pero ella vive. Que su vida sea para tí una lección viviente. Aprende de la criatura más cara á tu corazón hasta que punto es verdad que los malos nacieron malos. Mira arrancar una á una todas las yemas y todas las hojas del más hermoso vástago, y contempla como puede secarse y marchitarse. ¡Síguela! ¡Hasta la desesperación!

Cada una de las figuras fantásticas extendió su brazo derecho y le mostró con el dedo el abismo abierto ante él.

—El espíritu de las campanas te acompaña—dijo el especto.—¡Vé! ¡Él marcha sobre tus pasos!

Trotty volvió la cabeza... ¿Qué vió? Vió á la muchacha á quien Will Fern llevaba en la calle, á la muchacha que Meg había acostado en su cama, y que ahora estaba durmiendo.

—Yo mismo la tuve en los brazos esta tarde—dijo Trotty.

—Enseñadle en qué consiste lo que él llama «yo mismo»—dijeron las tenebrosas figuras, una primeramente y luego todas las demás.

La torre se abrió á sus pies. Miró hacia abajo, y vió á su propia imagen extendida al pie del campanario, aplastada y sin movimiento.

—¡Dejé de vivir!—exclamó Trotty.—
¡He muerto!

—¡Muerto!—dijeron todos los fantasmas al unísono.

—¡Bondad del cielo!—¿Y el año nuevo?

—Ya pasó—respondieron las figuras.

—¡Cómo!—exclamó Trotty estremeciéndose de terror.—¿Perdí el camino y avanzando en la obscuridad caí de lo alto de la torre, hace ya un año?

—¡Hace ya nueve años!—replicaron los espectros.

Al dar esta respuesta, retiraron las manos extendidas; y allí en el lugar en

que se habían mostrado los espectros, se encontraban las campanas.

En esto, habiendo llegado su hora, empezaron á vibrar nuevamente. Y de nuevo inmensas multitudes de fantasmas fueron llamados á la existencia; una vez más, se mezclaron confusamente, como habían decho al principio; una vez más, en cuanto las campanas callaron, se desvanecieron y volvieron á la nada.

—¿Qué figuras son éstas que acabo de ver, si no estoy loco?—preguntó Trotty á su guía.—¿Quiénes son?

—Son los espíritus de las campanas. Su voz es la que se oye por el espacio—contestó el niño.—Toman todas las formas y ejercen todas las funciones que les asignan las esperanzas de los mortales, sus pensamientos y el tesoro de sus recuerdos.

—Y vos—dijo Trotty fuera de sí—¿quién sois?

—¡Silencio!—contestó el niño.—¡Mirad!

En una estancia pobre y humilde; trabajando en la misma obra de bordado que había visto tan á menudo, tan á menudo, Meg, su hija querida, presentóse ante su vista. No hizo el menor

esfuerzo para imprimir un beso en su frente; tampoco intentó estrecharla contra su amoroso corazón, pues comprendía que tales caricias ya no eran para él. Pero retuvo su trémula respiración, y enjugó las lágrimas que le cegaban, para poderla contemplar, para poder verla al menos.

¡Ah! ¡Cuán cambiada! ¡Cuán cambiada! La luz de sus claros ojos, estaba empañada. La frescura de sus mejillas había desaparecido. Aun era hermosa, como lo había sido siempre, pero la esperanza, la esperanza, la esperanza, ¡oh! ¿dónde estaba aquella esperanza tan fresca que poco antes había hablado á este buen padre como una voz?

Meg apartó los ojos de su trabajo para contemplar á una compañera sentada á su lado. El anciano siguió su mirada y se estremeció.

En la mujer hecha reconoció inmediatamente á la muchacha. En su cabellera larga y sedosa, vió los mismos bucles de otro tiempo; alrededor de sus labios permanecía aún la expresión infantil. En sus ojos, que ahora volvía interrogativamente hacia Meg, brillaba todavía la misma mirada que animaba su fisonomía cuando él la trajo á casa.

¡Oh, no se engañaba, la había reconocido bien!

Mirando aquel rostro, descubrió en él algo noble é imponente, algo vago é indefinido que no recordaba haber visto en el de la muchacha de otro tiempo, pero no había duda, era la misma; la misma; aun llevaba el mismo traje.

Silencio. Las dos están hablando.

—Meg—decía Lily vacilando.—Vuestros ojos abandonan á menudo la labor para mirarme.

—¿Tanto ha cambiado mi mirada que os dá miedo?—preguntó Meg.

—¡No, querida amiga! Pero si vos misma os sonreís al preguntarlo!... ¿Por qué no sonreís al mirarme, Meg?

—¿No lo hago acaso?—contestó ésta con la sonrisa en los labios.

—Ahora, sí—dijo Lily—pero no de ordinario. Cuando creéis que estoy ocupada y que no os veo, parecéis tan inquieta, tan recelosa, que apenas me atrevo á levantar los ojos. Es verdad que no hay grandes motivos de regocijo en esta ruda y penosa existencia, ¡pero antes estábais siempre tan alegre!

—¿Y ahora no lo estoy?—exclamó Meg en un tono de extraña alarma, y levantándose para abrazarla.—¿Es

que os hago aún más pesada la carga de vuestra triste vida, Lily?

—Solo por vos no se parece esta vida á la muerte—dijo Lily besándola tiernamente—solo vos me hicisteis llevar el vivir así, Meg. ¡Qué penas! ¡Qué trabajos! Tantas horas, tantos días, tantas noches largas, interminables de trabajo, sin esperanza, sin alegría, sin fin; no para hacernos ricos, no para vivir en medio de pompas y placeres, ni aun para gozar de un honrado, aunque modesto bienestar; sino para ganar el pan, solo el pan de cada día para recobrar la fuerza justamente indispensable para volver al trabajo y conservar la conciencia de nuestro duro destino. ¡Oh, Meg, Meg!—añadió levantando la voz y estrechándola entre sus brazos con la expresión de un amargo dolor, —¿cómo es posible que el mundo cruel siga indiferente su camino sin echar una ojeada de piedad á existencias tan infortunadas?

—¡Lily!—dijo Meg, procurando calmarla y arreglándole hacia atrás los largos cabellos que caían sobre su rostro inundado en lágrimas.—¡Como, Lily! ¡Vos! ¡Tan hermosa y tan joven!

—¡Oh, Meg!—interrumpió la joven,

dando un paso atrás y dirigiéndole una mirada suplicante.—¡Esto es lo peor de todo, esto es lo peor de todo! ¡Hacedme vieja, Meg! ¡Marchitad mi hermosura! ¡Llenad de arrugas mi frente! Así me libraréis de las horribles ideas que vienen á tentar mi juventud.

Trotty se volvió para contemplar á su guía. Pero el pequeño espíritu ya no estaba allí. Había desaparecido.

Ni aun él mismo permanecía en aquel lugar: pues veía á Sir José Bowley, el amigo y el padre del pobre, que daba una gran fiesta en el castillo de Bowley, en celebración del cumpleaños de Lady Bowley. Y como Lady Bowley había nacido el día de año nuevo, (circunstancia que los diarios de la localidad consideraban como una indicación especial del dedo de la Providencia, que había querido que el número uno correspondiese á Lady Bowley en el orden de la naturaleza) dicha festividad tenía lugar el día de año nuevo.

Bowley-Hall rebosaba visitantes. Allí estaba el caballero de la faz rubicunda; allí estaban Mister Filer y el Alderman Cute... Este sentía una viva simpatía por el gran mundo y había

estrechado sus relaciones con Sir José Bowley por efecto de su atenta carta, mejor dicho, se había convertido en amigo de la familia; allí estaban también muchos otros huéspedes. Entre ellos vagaba el espíritu de Trotty, pobre fantasma que miraba tristemente á uno y otro lado buscando á su guía.

En la gran sala debía celebrarse una gran comida, en la cual Sir José Bowley ostentando su celebrado carácter de amigo y padre del pobre debía pronunciar su gran discurso. Sus amigos é hijos debían comer algunos «plum-puddings» en otra sala, y á una señal dada, amigos é hijos viniendo á mezclarse con amigos y padres debían formar una sola reunión de familia; no habría ojos capaces de contener las lágrimas de emoción.

¡Pero iba á suceder algo mayor, mucho mayor! Sir José Bowley, baronet y miembro del Parlamento, debía jugar una partida de bolos, de verdaderos bolos, con sus arrendadores.

—¡Esto nos recuerda—dijo el Alderman Cute,—la época del viejo rey Hall, del bravo rey Hall, del alegre rey Hall! ¡Ah! ¡Qué buen carácter! 1

—Es verdad—dijo secamente Mister

1) El rey Hall es Enrique VIII.—N. del T.

Filer,—bueno para casarse y matar á sus mujeres. Tuvo más mujeres que las que se asignan á cada varón por término medio.

—Vos os casaréis con las bellas damas y no las mataréis ¿verdad?—dijo el Alderman Cute al heredero de Sir José Bowley, que contaba doce años de edad. —¡Dulce muchacho! Pronto veremos á este joven gentilhomme en el Parlamento—añadió poniéndole la mano en el hombro y mirándole con el aire más serio que le fué posible.—Oiremos hablar de sus éxitos en las elecciones; de sus discursos en la cámara; de sus proposiciones desde el gobierno; de sus brillantes hechos de todo género. ¡Ah! mil veces hablaremos de ello en el Consejo municipal, os lo aseguro, y á no tardar.

—¡Oh! ¡Qué diferencia tan grande entre los que tienen zapatos y medias y los que no los tienen!—pensó Trotty. Y no obstante su corazón se sintió conmovido en favor del muchacho, precisamente por el cariño que sentía por los desarrapados sin zapatos ni medias, predestinados á ser malos (según el Alderman) y que hubiesen podido ser hijos de Meg.

—¡Ricardo!—suspiró Trotty recorrien-

do vagamente con su mirada toda la concurrencia.—¿Dónde está Ricardo? No puedo encontrar á Ricardo. ¿Dónde está Ricardo?

No parecía estar allí, supuesto que aún viviese. Pero la tristeza de Trotty y su aislamiento en medio de tan brillante concurso turbaban sus ideas, y yendo de un lado á otro buscaba á su guía, y seguía repitiendo:—¿Dónde está Ricardo? Mostradme á Ricardo.

En sus idas y venidas encontró á Mister Fish, el secretario particular, presa de una gran agitación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba Mister Fish.—¿Dónde está el Alderman Cute? ¿Ha visto alguien al Alderman Cute?

¿Al Aldermán querido, Mister Fish? ¿Cómo era posible dejar de verle? ¡Era tan atento, tan afable, siempre tan dispuesto á dejarse ver por la gente, que, si adoleció de algún defecto, era precisamente del de estar constantemente en evidencia!

Donde quiera que se reuniese el gran mundo, era infalible que, atraído por la simpatía que une á las grandes almas, se hallaría á Cute.

Varias voces gritaron á la vez que

estaba en el círculo que se había formado alrededor de Sir José. Mister Fish se abrió paso hasta allí; lo encontró en efecto, y se lo llevó con misterio junto á una ventana próxima. Trotty fué con ellos, no por su propia voluntad sino porque una fuerza irresistible movía sus pies en aquella dirección.

—Querido Alderman Cute—dijo Mister Fish,—acercáos algo más.—Ha ocurrido un suceso espantoso. En este momento acabo de recibir la noticia, Creo que será mejor no informar á Sir José hasta el fin de la jornada. Vos que conocéis á Mister José me haréis el favor de decirme vuestra opinión. ¡Qué caso tan espantoso y deplorable!

—¡Fish!—respondió el Alderman.—¡Fish! Mi buen amigo ¿de qué se trata? ¡Espero que no os referís á ningún movimiento revolucionario! ¿Acaso... acaso algún atentado contra la autoridad de los magistrados?

—Deedles, el banquero...—dijo el secretario con voz entrecortada.—Deedles Hermanos que debía estar aquí... uno de los principales dignatarios de la corporación de los joyeros...

—¿Ha hecho suspensión de pagos?—exclamó el Alderman.—¡Imposible!

—¡Se ha suicidado!

—¡Dios santo!

—Se ha introducido una pistola de dos cañones en la boca, sentado en su propio despacho—dijo Mister Fish,—y se ha levantado la tapa de los sesos. ¡Sin ningún motivo! ¡Un hombre de tan altas dotes!

—¡Dotes!—exclamó el Alderman.—Un hombre de una fortuna grandiosa. Uno de los hombres más respetables de la tierra. ¡Suicidarse, Mister Fish! ¡Con sus propias manos!

—Esta misma mañana—añadió Mister Fish.

—¡Oh, el cerebro, el cerebro!—exclamó el piadoso Alderman, levantando las manos al cielo.—¡Oh, los nervios, los nervios! ¡Los misterios de esta máquina llamada hombre! ¡Oh, qué nonada basta para destrozarla! ¡Cuán pobres criaturas somos! ¡Quizá una comida, Mister Fish! ¡Quizá la conducta de su hijo, quien, según he oído, llevaba una vida muy disipada y tenía la costumbre de librar letras contra él sin previa autorización! ¡Un hombre tan respetable! ¡Uno de los hombres más respetables que he conocido! ¡Hè aquí un lamentable suceso, Mister Fish! ¡Una calamidad pública!

Cumpliré con mi deber llevando el luto más severo. ¡Un hombre tan respetable! Però hay un Dios allá arriba. ¡Es preciso conformarse, Mister Fish! ¡Es preciso conformarse!

—¡Qué es eso, Alderman! ¿Y ni una palabra de la supresión del suicidio? Acordáos, juez de paz, de los principios de alta moral de que hacíais tan orgullosa ostentación. ¡Vamos, Alderman, levantad vuestra balanzal Poned en este platillo, en el que está vacío, la absoluta carencia de comida, y, en una pobre mujer, el hallarse con las fuentes mismas de la naturaleza, sus pechos maternos, secos por la miseria y el hambre, impotentes é insensibles á los gritos de angustia de su hijo que reclama su derecho en nombre de nuestra madre Eva, la santa madre del género humano. ¡Pesad el pro y el contra, nuevo Daniel, el día que debáis presidir este juicio! Pesad los dos suicidios, bajo las miradas de millares de seres desgraciados, espectadores atentos de la innoble farsa que estáis representando en vuestro tribunal. O si lo preferís, suponed que un día, en un momento de extravío, privado de vuestros cinco sentidos (esto se vé todos los días) vos mismo llevaríais vues

tra mano contra vuestra garganta para enseñar á vuestros semejantes (si los tenéis) que no es justo poner en parangón una locura culpable rodeada de todas las comodidades de la vida, con la fiebre de una cabeza extraviada, de un corazón destrozado por la rabia y la desesperación. ¿Qué diríais á eso?

Estas palabras resonaron en el pecho de Trotty, como si una voz interior las pronunciase realmente. El Alderman Cute prometió á Mister Fish que le ayudaría á comunicar la dolorosa catástrofe á Sir José, cuando concluyera la fiesta, y se separó de él estrechándole la mano con la mayor amargura de su alma.

—¡El más respetable de los hombres! —repetía el Alderman Cute.—No puedo comprender como el cielo permite tan graves pesadumbres en la tierra. Al ver que tales sacudimientos conmueven nuestro planeta de vez en cuando, llegaría uno á temer, si no se sobrepusiese la razón, que se halla amenazada toda la general economía del estado social. ¡Deedles hermanos!

La partida de bolos tuvo un éxito inmenso. Sir José los derribaba con una habilidad maravillosa; Master Bowley, su hijo, no se portó del todo mal,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

pero jugó á menor distancia, como era lógico, y todos convinieron que ahora, viendo á un baronet y al hijo de un baronet jugar á los bolos, no podía darse de que el país prosperaría rápidamente.

A la hora fijada sirvieron el banquete. Trotty marchó, involuntariamente, hacia la vasta sala, ya que se sentía arrastrado por un impulso extraño superior á su libre albedrío. El cuadro era alegre en extremo; las damas muy hermosas; los convidados, complacidos, joviales, de muy buen humor. Cuando se abrió la puerta, angosta para la multitud que, vistiendo trajes rústicos se apretujaba á la entrada, la belleza del espectáculo llegó á su colmo, lo cual no impedía á Trotty murmurar continuamente:—¿Dónde está Ricardo? ¡Éste me ayudaría á consolarla! ¿No podré ver á Ricardo?

Se habían pronunciado algunos discursos; se había brindado á la salud de Lady Bowley; sir José había dado las gracias y pronunciado un gran discurso demostrando hasta la evidencia que era el amigo nato y el padre del pobre; después había dedicado un brindis á sus amigos é hijos, á la dignidad del tra-

bajo, etc., cuando un pequeño desorden, en el fondo de la sala, llamó la atención de Toby. Después de un instante de confusión, de ruido y de resistencia, un hombre se destacó de la multitud y avanzó solo.

No era Ricardo, no. Pero era alguien en quien Trotty había pensado también, y á quien había buscado con la vista varias veces. En un lugar menos iluminado habría podido dudar de la identidad de este hombre tan ajado y envejecido, y encorvado, y con los cabellos blancos; pero gracias al torrente de luz que irradiaba sobre esta cabeza dura y desaliñada reconoció á Will Fern desde el primer instante.

—¿Qué es esto?—exclamó Sir José levantándose.—¿Quién ha dejado entrar á este hombre? ¡Es un criminal que acaba de salir de la cárcel! Mister Fish, ¿queréis tener la bondad...?

—¡Un minuto!—dijo Will Fern.—¡Un minuto! Milady, en este día de año nuevo, celebráis también vuestro cumpleaños. Concededme la palabra por un minuto.

Milady intercedió por él, y Sir José volvió á sentarse con su dignidad característica.

El visitante harapiento (pues venía vestido miserablemente), paseó la mirada por la asamblea y saludó con la mayor humildad.

—¡Nobles señores! —dijo.—Acabáis de beber á la salud del trabajador. ¡Contempladme!

—¡Veo á un hombre salido de la cárcel—dijo Mister Fish.

—Esto es. Salido de la cárcel, y no por primera, ni por segunda, ni por tercera, ni por cuarta vez.

En esto se oyó la voz de Mister Filer que hacía notar impertinentemente que «cuatro veces» ya era pasar del promedio y que Will debía avergonzarse de usurpar la parte de los demás.

—¡Nobles señores! —repitió Will Fern. —¡Contempladme! Ya lo véis; he caído tan bajo, tan bajo, que ya no podéis causarme ningún agravio, ni ningún daño; tampoco podéis hacerme ningún bien, porque el tiempo en que vuestras buenas palabras ó vuestras buenas acciones hubiesen podido beneficiarme (añadió golpeándose el pecho y sacudiendo la cabeza), se ha evaporado con el perfume de los guisantes de olor y los tréboles del año último, que el viento se ha llevado. Pero al menos, permitidme

que os diga una palabra en nombre de éstos (y señalaba á los trabajadores que estaban en la sala), y puesto que estáis reunidos todos, oid la verdad una vez en la vida.

—No creo que haya aquí una sola persona—interrumpió Sir José,—que quisiese tomarlo por intérprete.

—Es muy probable, Sir José. Así lo creo. Y con todo, lo que voy á decir uo deja de ser verdad. Quizás esto mismo sea una prueba más de que es verdad. Nobles señores; largos años he vivido en este país. Desde aquí podéis ver mi cabaña, allá abajo, al otro lado de la empalizada hundida. Cien veces he visto á las bellas señoras dibujarla en sus albums. Dicen que es muy pintoresca, pero en un paisaje pintado no hace nunca mal tiempo; sin duda es más propia para ser reproducida en un cuadro que para vivir en ella. Pues bien; ¡yo he vivido allí! Que he vivido duramente, amargamente, no hay que decirlo; podéis juzgarlo vosotros mismos. Y he tenido que vivir allí muchos años, día tras día.

Hablaba del mismo modo que el día en que Trotty lo encontró por la calle. Su voz era más sorda, más ronca, y

temblaba á intervalos; pero no se permitía ni un grito de cólera; raramente abandonaba el tono tranquilo y serio, adecuado á los hechos sencillos que exponía.

—Es más difícil de lo que podéis creer, nobles señores, el continuar siendo una buena persona, lo que generalmente se entiende por buena persona, en una habitación semejante. Si yo me mantuve en ella y seguí siendo un hombre en vez de convertirme en un bruto, esto ya es algo que habla en mi favor. Es decir, me refiero á lo que era entonces; en cuanto á lo que soy ahora, no hay nada que decir ni que hacer; es asunto concluído:

—A decir verdad, me satisface que este hombre haya entrado—observó Sir José, mirando serenamente á su alrededor.—No le interrumpais. Parece cosa providencial. Es un ejemplo; un ejemplo viviente. Espero, tengo la firme confianza, la entera seguridad de que este ejemplo no será desaprovechado por mis amigos aquí presentes.

—En fin—continuó Fern, después de un momento de silencio;—de una manera ó de otra, seguí arrastrando la carga de la vida. En cuanto á referir de

qué modo, ni yo ni nadie sería capaz de hacerlo; pero era tan pesada, que no me dejaba ocasión ni medio de poner la cara risueña, ni de aparentar ante los demás un humor diferente. Pues bien, nobles señores que teneis asiento en el tribunal, en cuanto véis á un hombre con el descontento reflejado en la cara os decís uno á otro:—Es un hombre sospechoso. Tengo mis dudas—decís—sobre Will Fern: ¡vigiladme á este hombre!—No digo que todo esto no sea muy natural, digo sencillamente, que esto es así; y desde este instante, todo cuanto Will Fern haga ó deje de hacer, lo mismo dá, todo debe volverse contra él.

El Alderman Cute hundió los pulgares en los bolsillos de su chaleco, y repantigándose en su silla—dirigió la mirada sonriendo al próximo grupo de luces, como diciendo:—¡Ya estamos al cabo de la calle! ¿No lo dije? Las quejas de siempre. ¡Dios mío; nos sabemos de memoria todo esto; yo y la naturaleza humana!

—Ahora, nobles señores—dijo Will Fern, con los brazos en alto y mientras se le abrasaba de repente la macilenta cara—ved como vuestras leyes fueron dictadas con el prurito de hacernos caer

en la trampa y cazarnos cuando llegamos á ese estado. ¿Me propongo ir á cualquier parte? Pues soy un vagabundo. ¡A la cárcel! ¿Vuelvo aquí, y voy á coger avellanas en vuestros bosques y desgajo —¡es tan fácil!— alguna ramita? ¡A la cárcel! ¿Uno de vuestros guarda-bosques me ve con la escopeta en la mano, en pleno día, cerca de mi trocito de jardín? ¡A la cárcel! ¿Tengo, naturalmente, una explicación un poco viva con este hombre cuando recobro la libertad? ¡A la cárcel! ¿Rompo un bastón? ¡A la cárcel! ¿Como una manzana podrida ó un nabo? ¡A la cárcel! Vuestra cárcel está á veinte millas de distancia; á la vuelta, ¿tiendo la mano por el camino pidiendo una bagatela? ¡A la cárcel! En una palabra: el alguacil, el guarda-bosque, cualquiera, donde quiera que me encuentre, haga yo lo que hiciere, ¡á la cárcel! porque este hombre es un vagabundo, un perdido que no tiene más casa que la cárcel.

El Alderman movió movió la cabeza con una particular expresión de sagacidad, como diciendo: ¡Una casa excelente! ¡qué duda cabe!

—¿Creéis que digo todo esto para defender mi causa?—exclamó Fern.—¡Ah!

No. ¿Quién podría devolverme la libertad, quién podría devolverme la buena reputación, quién podría devolverme mi inocente sobrina? No hay en toda Inglaterra lords ni ladyes que pudiesen hacerlo. Pero, señores, ¡señores! cuando os ocupéis de hombres parecidos á mí, sed justos desde el principio al fin. Dadnos, por piedad, habitaciones menos miserables cuando estamos en la cuna; dadnos una alimentación mejor cuando trabajamos para vivir; dadnos leyes más suaves para conducirnos al buen camino cuando vamos á extraviarnos; y no nos pongáis sin cesar delante de los ojos la cárcel, la cárcel y siempre la cárcel, en cualquier lado á que nos volvamos. Entonces no emplearéis con el trabajador ninguna bondad que él deje de acoger gustoso, quedándoos infinitamente agradecido, pues tiene el corazón paciente, sosegado y lleno de buena voluntad. Pero, ante todo, hay que desarrollar en él sus buenos sentimientos; puesto que ora se convierta una ruina como yo, ó se parezca á uno de los que se hallan aquí ahora, su espíritu está en la actualidad completamente separado de vosotros. ¡Encaminadle, nobles señores, encaminadle!

Encaminadle antes que llegue el día en que la propia Biblia no tenga para él el mismo sentido que para vosotros, en que crea leer en ella lo que yo he creído leer muchas veces estando en la cárcel: Donde tú vayas, no puedo ir yo; donde tú vives, yo no puedo vivir; tu pueblo no es mi pueblo, ¡ni tu Dios es mi Dios!

Una agitación repentina estalló entonces en la sala. Trotty creyó de pronto que varias personas se habían levantado para echar á aquel intruso, y que eso causaba tan súbita mudanza. Pero casi al mismo instante vió que la sala y toda la concurrencia se habían desvanecido, y se encontró de nuevo ante su hija, sentada aún, trabajando, pero en una guardilla más pobre, más miserable que antes y sin Lilian al lado.

El bastidor en que antes Lilian trabajaba, estaba abandonado en un estante y enteramente recubierto. La silla en que se sentaba ordinariamente, estaba vuelta á la pared. En estos pequeños detalles y en la tristeza que ensombrecía el rostro de Meg veíase escrita toda una historia. ¡Oh! ¡Nada más fácil que leerla!

Meg continuó trabajando, con los ojos clavados en su obra, hasta que la obscu-

ridad fué tal que no le permitía distinguir los hilos; y cuando la noche cerró enteramente, encendió su pobre vela y reanudó su trabajo. Su anciano padre permanecía á su lado, invisible, contemplándola con grande amor (Dios sabe á que inmensidades llegaba este amor) y le hablaba con voz dulce del tiempo pasado y de sus campanas queridas, aunque sabía perfectamente el pobre Trotty que ella no podía oírle.

Había transcurrido gran parte de la velada, cuando llamaron á la puerta. Meg la abrió. En el umbral estaba un hombre, un patán, extravagante, borracho, sucio, gastado por la intemperancia y el vicio, los cabellos mal peinados, la barba larga y en desorden, pero que aun conservaba algún rasgo que permitía adivinar que en sus buenos tiempos había sido un mozo guapo y arrogante.

Detúvose hasta que Meg le permitió entrar; entonces ella dando uno ó dos pasos hacia atrás, se alejó de la puerta en silencio, contemplándole tristemente. Trotty veía por fin satisfechos sus deseos; aquel hombre era Ricardo.

—¿Puedo entrar, Margarita?

—Sí. ¡Entrad, entrad!

Fué grande ventura para Trotty el

conocerlo de pronto y antes de que hablase; pues si hubiese conservado alguna duda, su voz ronca y discordante le hubiera convencido seguramente de que era cualquiera menos Ricardo.

No había más que dos sillas en la habitación. Meg le dió la suya y permaneció en pie á alguna distancia en actitud de escucharle.

Ricardo se sentó, paseando por el suelo sus ojos extraviados, acompañados de una sonrisa estúpida. Ofrecía el espectáculo de una degradación tan profunda, de una desesperación tan abyecta, de un rebajamiento tan miserable, que Meg se cubrió la cara con las dos manos, y se volvió para ocultar su grande emoción.

Vuelto en sí por el rozamiento de su vestido ó por algún otro ruido insignificante, Ricardo levantó la cabeza y se puso á hablar como si acabase de entrar.

—¿Aún trabajando, Margarita? Trabajáis hasta horas muy avanzadas.

—Generalmente, sí.

—¿Y empezáis muy temprano?

—Muy temprano.

—Es lo que me ha dicho ella. Dice que no os fatigásteis nunca, ó que á lo me-

nos no quisisteis confesar nunca que estabais fatigada durante todo el tiempo que vivisteis juntas, aun cuando os cayeseis rendida de cansancio y de debilidad. Pero ya os lo dije la última vez que vine.

—Si—respondió Meg.—Y ya os supliqué que no me hablarais más del asunto, y vos me prometisteis solemnemente, Ricardo, que no insistiríais.

—¡La promesa solemne!—repitió él con sonrisa estúpida y los ojos extraviados.—¡La promesa solemne! Sí, es verdad. ¡La promesa solemne!

Después de una pausa bastante larga, como si despertara, continuó con súbita animación:

—¿Qué queréis que haga, Margarita? No puedo evitarlo. Ha venido á encontrarme de nuevo.

—¡Otra vez!—exclamó Meg juntando las manos.—¡Oh! ¿Piensa en mí muy amenudo? ¡Ha ido otra vez á encontraros!

—Veinte veces más—dijo Ricardo.—Me acosa, Margarita. Me sale al paso por la calle y me pone esto en las manos. Oigo el ruido de sus pasos en las cenizas de la fragua cuando estoy en mi trabajo (¡ah! ¡ah! no es que me encuen-

tre allí muy amenudo) y antes que tenga tiempo de volver la cabeza, su voz murmuró á mi oído:—Ricardo, no os volváis. ¡Por el amor de Dios, entregadle esto!— Me lo trae donde habito, me lo manda en sus cartas, llama á mi ventana y lo deja en el antepecho. ¿Qué queréis que haga? ¡Tomadlo, tomadlo!

Al mismo tiempo le mostró una bolsita que tenía en la mano, y hacía sonar el dinero que contenía.

—¡Escondedlo!— dijo Meg.—¡Escondedlo! Cuando vuelva decidle que la quiero con toda mi alma; que no me acuesto nunca sin bendecirla y rogar al cielo por ella; que durante un trabajo solitario, no ceso de tenerla presente á mi pensamiento; que está conmigo día y noche; que si llegase á morirme mañana, la recordaría hasta exhalar el último suspiro... ¡pero que no puedo mirar este dinero!

Ricardo retiró lentamente la mano, y guardándose la bolsa, dijo con una especie de seriedad amodorrada:

—Ya se lo he dicho. ¡Ya se lo he dicho con toda la claridad posible! Le he devuelto este regalo y lo he dejado en la puerta de su casa lo menos una docena de veces desde entonces. Pero cuando

vino á encontrarme la última vez y se detuvo delante de mí mirándome frente á frente ¿qué podía hacer?

—¿La habéis visto?—exclamó Meg.—
¿La habéis visto? ¡Oh, Lilian, hija mía!
¡Oh, Lilian, Lilian!

—La he visto—continuó Ricardo, menos para responder á la pregunta que para seguir lentamente el curso de sus propios pensamientos.—¡Estaba ante mí temblando! «¿Cómo está ella, Ricardo? ¿Habla de mí todavía? ¿Ha enflaquecido? Mi antiguo puesto á la mesa... ¿quién ocupa mi antiguo puesto? ¿Y el bastidor en que me enseñó á trabajar, lo ha echado al fuego, Ricardo?» Así estaba. Así me habló.

Meg ahogaba sus sollozos, y con los ojos arrasados en lágrimas, se inclinaba sobre él para escucharle sin perder una sílaba.

Ricardo, acodado sobre sus rodillas, el cuerpo hacia adelante, y clavado en la silla como si lo que decía estuviese escrito en el suelo en caracteres casi invisibles, vacilando alguna vez, como si tuviese dificultad en descifrarlos, siguió diciendo:

—«Ricardo, he caído muy bajo—me ha dicho,—y podéis comprender lo mucho

que he sufrido viendo que me devolvíais esta bolsa, puesto que me he resuelto á traérosla yo misma. Pero vos la habéis querido en otro tiempo, la amásteis tiernamente, bien lo recuerdo. Otros se interpusieron entre vosotros; hubo recelos y celos, y dudas, y heridas de amor propio que os alejaron de ella; ¡pero, con todo, la amabais, lo recuerdo muy bien! —(Y esta es la verdad—añadió, interrumpiéndose á sí mismo).—La amé tiernamente.—¡Oh! ¡Ricardo! ¡Si verdaderamente la amásteis, si guardáis algún recuerdo de aquellos buenos tiempos que huyeron para siempre, llevádsela por última vez! ¡Por última vez! Decidle cuanto os he rogado y suplicado. Decidle que he apoyado mi cabeza en vuestro hombro, como ella hubiera apoyado la suya si hubiese llegado á ser vuestra esposa. Decidle que me he humillado ante vos, Ricardo. Decidle que habéis contemplado mi cara y que visteis la belleza que ella se complacía en alabar continuamente, desaparecida, del todo desaparecida; y que en su lugar quedan las mejillas pálidas, hundidas, descarnadas, cuya vista le arrancaría lágrimas de compasión. Decidle todo esto y entregadle la bolsa, y estoy segura

que no la rehusará de nuevo. Le faltará valor.

Y permaneció un rato sentado y soñoliento, y repitiendo las últimas palabras, hasta que, como si de nuevo despertara, se levantó.

—¿Queréis tomarla, Margarita?

Meg sacudió la cabeza é hizo un ademán para rogarle que la dejase en paz.

—¡Buenas noches, Margarita!

—¡Buenas noches!

Ricardo se volvió para contemplarla, conmovido por su dolor, y quizás también por el sentimiento de piedad hacia él, denotado por el temblor de su voz. Fué un momento rápido, instantáneo; por un instante, una chispa de su primera juventud brilló en todo su sér. Al cabo de un segundo, se marchó como había entrado; aquel relámpago pasajero, débil reflejo de una llama extinguida para siempre, no parecía capaz de provocar en él el sentimiento de su degradación.

Sea cual fuese el estado de ánimo de Meg, por profundo que fuere su pesar, por más torturas que afligieran su cuerpo y su alma, no podía dejar de

llevar á cabo su trabajo. Sentóse pues, y volvió á la tarea. La noche fué avanzando, dieron las doce, y Meg continuaba sin levantar mano de su labor.

Tenía un poco de fuego, pues la noche era muy fría; y se levantaba á intervalos para reavivarlo. Estando en esta operación, y cuando las campanas dieron las doce y media, Meg oyó llamar suavemente á la puerta. Antes que acertase á preguntarse quién podía llamar á hora tan avanzada, la puerta se abrió.

¡Oh, juventud! ¡Oh, belleza! ¡Vosotras que deberíais tener la felicidad por eterna compañera, mirad! ¡Oh, juventud! ¡Oh, belleza! ¡Bendición y alegría de cuanto os rodea, vosotras que permanecéis fieles, en vuestra conducta, á las leyes de vuestro benéfico Creador, mirad!

Meg vió á una forma humana entrar en el aposento; su nombre surgió de sus labios con un grito de espanto:—¡Lilian!

Pronta como el rayo, Lilian cayó de rodillas delante de ella, agarrándose fuertemente á su vestido.

—¡Levantáos, querida criatura! ¡Levantáos, Lilian! ¡Querida mía!

—¡Nunca más, Meg, nunca más!

¡Aquí! ¡Aquí! ¡A vuestras plantas, pero cerca de vos, abrazada á vos, sintiendo vuestro aliento en mi cara!

—¡Dulce Lilian! ¡Adorada Lilian! ¡Hija de mi corazón... el amor de una madre no puede ser más tierno que el mío... reposad vuestra cabeza sobre mi pecho!

—¡Jamás, Meg, jamás! La primera vez que contemplé vuestro rostro, estábais aquí, arrodillada ante mí. Ahora yo, arrodillada ante vos, quiero morir, quiero morir á vuestros pies. ¡Aquí! ¡Aquí!

—¡Habéis vuelto al fin, tesoro mío! ¡Viviremos juntas, trabajaremos juntas; juntas esperaremos y moriremos!

—¡Ah! Besadme en los labios, Meg; ceñidme con vuestros brazos; estrechadme contra vuestro corazón; miradme con ternura; pero no me levantéis. Dejad que permanezca aquí. ¡Que prosternada en el suelo, vea por última vez vuestro adorado rostro!

¡Oh, juventud! ¡Oh, belleza! ¡Fieles á las leyes de vuestro benéfico Creador, mirad!

—¡Perdonadme, Meg! ¡Mi querida, mi adorada Meg! ¡Perdonadme! ¡Ya sé, ya veo que me perdonáis, pero decidmelo, mi buena Meg!

Meg se lo dijo estampando los labios en las mejillas de Lillian, y estrechando entre sus brazos (¡ay! hartó lo vio entonces) un corazón destrozado.

—¡Que las bendiciones del cielo desciendan sobre vos, adorada mía! ¡Dadme otro beso, uno solo! ¡En nombre de Aquél que también sufrió que la pecadora se echara á sus pies y los enjugara con sus cabellos! ¡Oh, Meg! ¡Cuánta compasión! ¡Cuanta misericordia!

Y mientras ella caía muerta, el pequeño espíritu se presentó de nuevo, inocente y radiante, tocó al viejo con la mano, y le indicó con un gesto que se alejara con él.



CAPÍTULO IV

ÚLTIMO CUARTO

DURABA aun alguna reminiscencia de las figuras fantásticas aparecidas en las campanas; alguna vaga impresión producida por los ecos del repiqueteo; algún sentimiento íntimo acompañado de vértigos que le renovaba la visión de este enjambre de fantasmas reproduciéndose sin cesar á sus ojos, hasta que su recuerdo vino á perderse en la confusión de su innmerable multitud... Dominóle entonces una idea adquirida de prisa y sin saber cómo, de que ya habían pasado varios años; y Trotty, acompañado del pequeño espíritu contempló con grande atención una escena de familia.